

Homilía de Santa María, Madre de Dios

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción.”

Introducción

Cuando una pareja joven tiene un hijo/a como fruto de su amor, la familia y los amigos solemos acudir enseguida a felicitarles y darles nuestra enhorabuena. Generalmente, en el primer momento, nos fijamos más en el recién nacido, y comentamos su belleza, su ternura y tratamos de adivinar a quién se parece. Pero de la madre casi ni ocupamos. La vemos tan contenta y satisfecha por el alumbramiento de su hijo, que éste acapara casi por completo nuestra atención.

En la liturgia de la Iglesia no sucede así. La fiesta de Navidad y su Octava, “*el octavo día*” que dirían los Santos Padres, son como una misma fiesta escalonada celebrada en dos actos. El día de Navidad nos fijamos en el Niño-Dios, Hijo de Dios nacido de la raza humana en suma pobreza. El día octavo nuestra mirada se dirige a María, llena de gracia y de ilusión, y con la responsabilidad propia de quien ha recibido una importante misión en el mundo: ser Madre de Dios, ser Madre de los hombres y, en concreto, Madre de la Iglesia. A ella se dirigen hoy nuestras plegarias para gozar de su intercesión, al comenzar un nuevo año civil, como una nueva etapa en el calendario de nuestra historia de salvación.



Fr. Roberto Ortuño O.P.
Torrent-Vedat (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Números 6, 22-27

El Señor habló a Moisés: «Di a Aarón y a sus hijos, esta es la fórmula con la que bendeciréis a los hijos de Israel: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre tu rostro y te conceda la paz”. Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo los bendeciré».

Salmo

Sal 66, 2-3. 5. 6 y 8 R/. Que Dios tenga piedad y nos bendiga

Que Dios tenga piedad nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. R/. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia y gobiernas las naciones de la tierra. R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Que Dios nos bendiga; que le teman todos los confines de la tierra. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas 4, 4-7

Hermanos: Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: «¡“Abba”, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo hacia Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho. Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Comentario bíblico

La solemnidad de Santa María Madre de Dios es la primera fiesta mariana que podemos constatar en la Iglesia occidental. Probablemente, la fiesta remplazaba la costumbre pagana de las «strenae» (estrenas, dádivas), bien distinta del sentido de las celebraciones cristianas. El «Natale Sanctae Mariae» comenzó a celebrarse en Roma hacia el siglo VI, probablemente junto con la dedicación de una de las primeras iglesias marianas de Roma, esto es, Santa María Antigua, en el Foro Romano. La última reforma del calendario trasladó al 1 de enero la fiesta de la maternidad divina, que desde 1931 se celebraba el 11 de octubre en memoria del Concilio de Efeso (431), donde se proclama a María “Theotokos”, la que dio a luz al Salvador, el Hijo de Dios.

Celebramos también la Jornada mundial de la Paz (XXVIII), ya que al comenzar el año siempre se celebra esta jornada de la paz, cuyo mensaje no puede ser ignorado por los cristianos que deben trabajar denodadamente por la paz amenazada en el mundo.

1ª Lectura: Números (6,22-27): El Señor nos conceda la paz

1.1. Esta fórmula de bendición que Moisés, en el texto, dicta a Aarón debe ser considerada como lo que es, una fórmula litúrgica. Esa es la razón por la que Yahvé se la inspira a Moisés y éste a Aarón, para darle toda la relevancia y solemnidad necesarias. Sabemos que en ella podemos rastrear expresiones de otros textos bíblicos, de salmos especialmente (cf 121,7-8; 4,7; 31,17; 122,6). Tres veces se repite el nombre de Dios, de Yahvé. Y se pide la bendición que guarde al pueblo, que ilumine con su rostro. Hay toda una teología bíblica del “rostro de Dios” que ha influido mucho en la espiritualidad y en la verdadera actitud cristiana del seguimiento. Buscar el rostro de Dios, el que Moisés no podía mirar, se convierte así en la fórmula teológica de un Dios salvador y misericordioso, protector de Israel y dador de la paz. La paz que era lo que el pueblo podía desear más que otra cosa, sigue siendo el don maravilloso para el mundo.

I.2. Pero el texto que se ha escogido del libro de los Números, está orientado, hoy especialmente, sobre la bendición que se pide a Dios. Esa bendición es la paz. En las lenguas semitas, con la raíz shlm —de donde deriva shalom-paz— se indica una dimensión elemental de la vida humana, sin la cual ésta pierde gran parte de su sentido, si no todo. Con la palabra paz se indica “lo completo, íntegro, cabal, sano, terminado, acabado, colmado”. La paz, así entendida, designa todo aquello que hace posible una vida sana armónica y ayuda al pleno desarrollo humano. En los textos, sin embargo, no aparece siempre con este significado tan denso. De ahí viene la palabra griega eirênê. Desde luego, desde el punto de vista bíblico, la paz, e incluso la “pax” como término latino, no es solamente el orden establecido. Es un don mesiánico, implica necesariamente ausencia de guerra. Pero es, sobre todo, un estado de justicia y fraternidad. En el Nuevo Testamento el término eirênê aparece acompañado también de otros sustantivos con los que se coordina y complementa. De la mano de eirênê van amor y alegría (Gal 5,22); gloria y honor (Rom 2,20); vida (Rom 8,6); honradez y paz (Rom 14,17); alegría (Rom 15,13); amor (2 Col 13,11; Ef 6,23); misericordia (Gal 6,16); favor/gracia y misericordia (1Tim 1,2; 2Tim 1,2; 2Pe 1,2; Jn 3); rectitud, fe y amor (2Tim 2,22). Eirênê se muestra de este modo como el ámbito propio para el desarrollo de una vida en plenitud, donde no puede admitirse ni la violencia político-social, ni la violencia económica del mundo (de la globalización inhumana). Efectivamente sigue siendo un “don mesiánico”, fundamentado sobre la justicia y la fraternidad. Es un don que viene de lo alto, con todo lo que esto significa.

IIª Lectura: Gálatas (4,4-7): La plenitud de los tiempos trae la libertad

II.1. La carta a los Gálatas es paradigma de la opción apostólica de Pablo por la salvación de Jesucristo, en contra de la ley. Y este texto de hoy es un “axioma” teológico de su mensaje y de su predicación. El salvador, el liberador, “ha nacido de mujer”, es un hombre como nosotros en el sentido más determinante. Se ha dicho que esta es la “navidad” de Pablo. No deja de ser curiosa, por escueta. Pero la verdad es que nos encontramos ante un texto paradigmático por su afirmación teológica. Nada de esto tiene desperdicio. Todo está medido y tasado en el planteamiento que viene haciendo el apóstol sobre los que han de pertenecer al pueblo de Dios y de las promesas. Es decir, todos los hombres que habiendo nacido fuera de Israel, serán llamados a beneficiarse de las promesas hechas a Abrahán. Por eso se habla de la “plenitud de los tiempos” (τὸ πλῆρῶμα τοῦ χρόνου); y entonces un hombre (porque es nacido de mujer), nacido en Israel (bajo la Ley), va a abrir las puertas de la gracia y la salvación a toda la humanidad.

II.2. No podríamos hablar de un texto mariológico en el sentido estricto del término. De hecho, Pablo es más bien cristológico. Pero no hay verdadera cristología sin la historia real de Jesús de Nazaret (al que no conoció Pablo), un judío, como él. Un judío que habría de enfrentarse, en nombre de Dios, a la manipulación de la ley, para hacer posible que el verdadero proyecto de Dios se realizara plenamente. Para “rescatar a los que estaban bajo la ley”: he aquí el objetivo de la encarnación y el sentido de la navidad para Pablo. Es algo que se respira en toda la carta. Y muy especialmente en este texto donde inmediatamente antes describe el tiempo anterior a Cristo como un estar sometidos a un “pedagogo” (la ley), porque no quedaba más remedio. Pero Dios, como Padre, tiene prevista otra cosa bien diferente para sus hijos.

Evangelio: Lucas (2,15-21): Y encontraron al Salvador del pueblo

III.1. Hoy se nos propone la continuación del relato del nacimiento de Jesús, que se leyó la noche de Navidad, que se compone de tres partes (1ª vv.1-6; 2ª vv. 7-14; 3ª vv. 15-21). Nos permitimos señalar que esta tercera parte del relato de Lucas tiene un cierto sentido por sí mismo, en cuanto muestra la respuesta humana al momento anterior que es todo él mítico, revelador, divino, angelical y extraordinario. Los pastores ¿qué harán?, ¿buscarán al Salvador?, ¿dónde?, ¿es suficiente el signo que se les ha dado? ¡Desde luego que sí!, lo buscarán y lo encontrarán. Pero lo buscarán y lo encontrarán con el instinto de los sencillos, de los que no se obsesionan con grandezas; diríamos que lo encontrarán, más bien, por instinto profético. El narrador no deja lugar a dudas, porque quiere precisamente mostrar la respuesta humana al anuncio celeste. Los pastores se dicen entre ellos algo muy importante: «lo que nos ha revelado el Señor». Y se van derechos a Belén, ¿a Belén?, ¿era esa acaso la ciudad de David? Sí; lo fue, pero ya no lo era de hecho, porque Jerusalén había ganado la partida. Pero como por medio está el anuncio del Señor, recuperan el sentido genuino de las cosas. Y van a Belén, de donde procedía David, para “ver” al Mesías verdadero. Es verdad, todo es demasiado ajustado al proyecto teológico de Lucas, que quiere poner de manifiesto el designio salvador de Dios.

III.2. Los pastores, al llegar, encontraron el “signo”, aunque algo distinto: encontraron a sus padres, de lo que no había hablado la voz celeste. Podría pensarse o podrían pensar que encontrarían un niño abandonado, pero no; están sus padres con él. Y ya no se mencionan los “pañales”, sino el niño acostado en un pesebre. Lo más curioso de todo esto es que los pastores son los que vienen a interpretar el hecho a todos los que lo escuchan. Son como los intérpretes del mensaje que han recibido del cielo. No podemos menos de considerar que la escena es muy formal desde el punto de vista narrativo. ¿Por qué? Porque Lucas quiere que sean precisamente estos pastores, de fama canallesca en aquellos ambientes religiosos, los que anuncien la alegría del cielo a todo el pueblo. Eso es lo que se dijo en el v. 10 y el encargo que se les encomienda: tienen que aceptar el “signo” e interpretarlo para todo el pueblo. ¿Serán capaces? Si no hubieran sido los pastores, probablemente la alegría le habría sido birlada al pueblo sencillo. Pero los pastores, en este caso, son garantía de la inculturación del mensaje divino en el pueblo sencillo.

III.3. ¡Hasta María se asombra de esta noticia!, como si ella no supiera nada, después de lo que le había “anunciado” (que no confidenciado) Gabriel. No obstante, Lucas quiere ser solidario hasta el final. María también es del pueblo sencillo que, de unos extraños pastores, sabe recibir noticias de parte de Dios. Y las guarda en su corazón. Dios tiene sus propios caminos y de ahora en adelante veremos a María “acogiendo” todo lo que se dice de su hijo (como en el caso de Simeón y Ana) y lo que le dice su mismo hijo al dedicarse a las cosas que tiene que hacer y anunciar, desde el momento de la escena de Jerusalén en el templo. Dios está escondido en este “niño” y los pastores lo reconocen y alaban a Dios. ¡Quién iba a decirlo!.

III.4. El relato termina con el v. 21 donde lo más importante y decisivo es poner el nombre del niño; la circuncisión pasa a segundo plano. Un nombre que no es cualquier cosa, aunque no sea un nombre original, ya que el de Jesús es bien conocido (es versión griega del hebreo Josué). Pero como en la Biblia los nombres significan mucho, entonces el que se le ponga el nombre que se le había anunciado, y no el que María elige, quiere decir que acepta, más si cabe, que este niño, este su hijo, ha de ser el Salvador del pueblo que anhela la salvación y que los poderosos le han negado. Es verdad que no se dice explícitamente que María le puso ese nombre, aunque así aparece en la Anunciación. Sabemos que el nombre se lo ponen sus padres (aunque el esposo de María también queda en segundo término en el relato, como la circuncisión). Incluso podíamos inferir que es todo el pueblo el que se encarga de aceptar este nombre revelado que significa: Dios es mi salvador o Yahvé salva. Es una “comunidad” la que reconoce en el nombre todo lo que Dios le regala. Por tanto, en su nombre está escrito su futuro: ser el Salvador de los hombres. Por eso María guardaba todas estas cosas en su corazón.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Alegría porque María es Madre de Dios y Madre nuestra

La Eucaristía comienza con un saludo alborozado de la Iglesia recogido en la antífona de entrada: Salve, madre santa, Virgen madre del Rey. Alegría porque una mujer de nuestra raza ha sido elevada a la mayor dignidad humana posible: la de ser mediadora de la entrada del Eterno en la historia humana y Dios visite personalmente a su pueblo. Alegría porque el Hijo de Dios se ha hecho hijo de María y hermano de todos los hombres.

La maternidad divina de María no es uno de esos mitos que pregonan algunas religiones, sino que se inscribe en el calendario real de la historia del mundo. San Pablo es hoy bien claro: Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Sí, María no sólo confiere la filiación humana al Hijo de Dios, sino que por ella se nos da también a los hombres la filiación divina.

María, joven contemplativa

El evangelista nos recuerda que María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón. La Virgen madre quedó tan afectada por el nacimiento del Hijo de Dios, engendrado en su propia carne que no deja de dar vueltas en su corazón a esta realidad literalmente única. También nosotros debemos valorar esta maternidad divina de María, que no sólo le afectó a ella sino también a todos nosotros. Como confiesa a Dios la Iglesia en la primera oración de la misa de hoy: Por

la maternidad de María nos entregaste a los hombres los bienes de la salvación. Sí, María fue la mediadora que nos trajo a la tierra y a la historia el gran don divino –el gran misterio escondido por Dios desde la eternidad, lo llamaré San Pablo– que Dios tenía previsto desde la eternidad para salvar a la humanidad del gran pecado que la tenía esclavizada. La mediación de María en favor de los hombres sigue siendo como una rampa descendente por la que la gracia divina llega hasta nosotros alimentando diariamente nuestro ser de hijos de Dios por adopción. Nunca daremos suficientes gracias al Padre por el singular regalo de su Hijo a través de María.

El nombre de Jesús

El Evangelio nos recuerda también que María y José le pusieron al Niño por nombre Jesús, como le había llamado el ángel antes de su concepción. Al imponer ese nombre a su hijo, por voluntad de Dios, el evangelista trata de subrayar que salvará al pueblo de sus pecados. Esa será la misión de Jesús: salvar a los hombres. Pero esa misión llevaba consigo algo mucho más grande que la simple liberación del pecado. En la oración colecta se llama a Jesús el autor de la vida, porque con su nacimiento es fuente y origen de una nueva vida, la de la gracia, que permitirá a los hombres disfrutar de vida eterna.

Motivo de gozo para la Iglesia

Por todo lo dicho el Pueblo de Dios puede gritar jubiloso en la oración sobre las ofrendas: Nos llena de gozo el celebrar el comienzo de nuestra salvación, vinculando así la maternidad de María con el nacimiento del Hijo de Dios en Belén. La Iglesia nos invita además a prolongar esa alegría por siempre: Que nos alegremos de vivir plenamente lo que ya has comenzado en nosotros.

Año Nuevo

1 de enero de 2011. ¿Por qué darle tanta importancia a este día?... A muchos les repugna esa extraña fiesta de la nochevieja: te obligan a divertirte, te gastas un dinero que podría ser mejor empleado, piensas que todo se va por la borda, que todo empieza de nuevo. “Año nuevo, vida nueva”. ¿Mentira?

¿No crees que cada instante, que cada día, puede ser un nuevo comienzo? Vivir es cargar con lo que somos y lo que hemos hecho, es también romper, esperar y empezar otra vez. Una vez más, empezar. Enfoca así el 1 de enero y cualquier otro día del año. Donde nos la jugamos de verdad, el desafío más fuerte, es no darnos por vencidos ni por satisfechos; es mirar adelante con esperanza, con coraje, y subir un peldaño más en nuestra vida humana y cristiana. Y ayudar a que tantos otros, retrocedidos hasta el último escalón de la vida, puedan mirar también hacia delante y hacia arriba. Tratemos de hacerlo juntos.

De cualquier manera comenzamos este nuevo tramo de la vida con la bendición que se lee hoy en la primera lectura del libro de los Números: El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz. Qué hermosa bendición, ¿verdad?... Pues cada día estará presente en las venas de tu alma. Desde el comienzo de este Año, Dios va a estar contigo diariamente.

Jornada mundial de la Paz

Desde hace años, los Papas dirigen al mundo un mensaje de Paz en este día. El tema escogido por Benedicto XVI para este año es La libertad religiosa, camino para la paz. *“En efecto, dice el Papa, se puede constatar con dolor que en algunas regiones del mundo la profesión y expresión de la propia religión comporta un riesgo para la vida y la libertad personal... Los cristianos son actualmente el grupo religioso que sufre el mayor número de persecuciones a causa de su fe. Muchos sufren cada día ofensas y viven frecuentemente con miedo por su búsqueda de la verdad, su fe en Jesucristo y por su sincero llamamiento a que se reconozca la libertad religiosa. Todo esto no se puede aceptar, porque constituye una ofensa a Dios y a la dignidad humana; además es una amenaza a la seguridad y a la paz, e impide la realización de un auténtico desarrollo humano integral”.*

“En la libertad religiosa –prosigue el Papa– se expresa la especificidad de la persona humana, por la que puede ordenar la propia vida personal y social a Dios, a cuya luz se comprende plenamente la identidad, el sentido y el fin de la persona. Negar o limitar de manera arbitraria esa libertad, significa cultivar una visión reductiva de la persona humana, oscurecer el papel público de la religión; significa generar una sociedad injusta, que no se ajusta a la verdadera naturaleza de la

persona humana; significa hacer imposible la afirmación de una paz auténtica y estable para toda la familia humana”.
Es necesario trabajar por la construcción de un mundo en el que todos puedan profesar libremente su religión o su fe, y vivir su amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (cf. Mt 22, 37). Sólo desde la libertad religiosa se podrá construir una paz verdadera y estable.

Que a lo largo del año que hoy comenzamos Dios nos conceda la gracia de vivir en el tiempo y en la tierra como ciudadanos del cielo que un día llegaremos a ser. Pidamos la paz, que no es sólo la ausencia de guerra, sino la suma de todos los bienes: el mayor de los cuales es la salvación que nos trajo Jesús por medio de María.



Fr. Roberto Ortuño O.P.
Torrent-Vedat (Valencia)

Evangelio para niños

Solemnidad de María Madre de Dios - 1 de Enero de 2011



Nacimiento de Jesús y visita de los pastores

Lucas 2, 16-21

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que había visto y oído; todo como les habían dicho. Al cumplirse los ocho días tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Explicación

Unos personajes muy curiosos que aparecen en los relatos del nacimiento de Jesús son los pastores. Cuidan de sus rebaños de ovejas, para que se críen sanas y fuertes. Ellos parecen casi los primeros en tener noticia del nacimiento del niño en Belén, y se fueron a estar con él y su madre. Y vieron que también María cuidaba de Jesús en sus brazos, para que se criara sano y fuerte. Además mirándola pudieron darse cuenta de que ella, meditaba en su interior, con gozo y silencio, todo lo que estaba viviendo como madre de aquel niño que, de mayor, quiso ser, como ellos, pastor.